«Pálida, estremecedora juventud»

W. H. PUGMIRE Y JESSICA AMANDA SALMONSON



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Lesbianas, judíos, sudacas, irlandeses, maricas, travestis, orientales, negros..., muchos de nosotros somos gente al margen que no formamos parte de ello: y eso es lo que los queridos jóvenes dejan de ver demasiado a menudo. Piensan que lo han aprendido todo a los quince años. Tal vez lo han hecho. Pero no son los únicos.

Son jóvenes listos, no hay duda, y deseo que todos sobrevivan, de un modo u otro, aunque pocos lo conseguirán. Están ahí fuera, en las calles, de noche; se han erizado el pelo y se lo han teñido; se han puesto pendientes en las orejas y se han grabado las iniciales de sus amantes en el blanco de los ojos. Y son tan hermosos... Siento simpatía hacia ellos, aunque según sus estándares, a los treinta años, soy un viejo. ¿Un viejo verde? Tal vez. Pero me meto las manos en los bolsillos y me enfurece la explotación constante que he visto. Ayudo a quien puedo, cuando puedo. Se ríen de mí por eso; no me importa. Por mucho que odien admitir-lo, aprecian la ayuda. Está claro que la necesitan.

Los nuevos grupos musicales tienen fuerza. Poseen una energía bruta, salvaje, hermosa, ingenua. La naturaleza temporal de esos grupos, la trascendencia del sonido que crean, la efímera naturaleza de sus actuaciones y su juventud contienen una verdad literal y simbólica que me rompe el corazón. ¡Ah, los queridos jóvenes! Sus propios padres los odian. Sus padres se odian entre sí. ¡Qué morbosa y patéticamente hermoso es todo esto!

Pero tengo mis críticas. No les digo qué tienen que hacer con sus vidas, pero les digo que no son los primeros ni los únicos en saber. Todos piensan que lo han inventado; que lo han inventado todo. Los artistas adolescentes de la calle (nunca duden de que algunos de ellos son genios), su música, vestidos y folletos en fotocopia son indiscutiblemente brillantes obras de arte. Despojados de oropeles técnicos y de la careta de la deshonestidad social estos chicos y su arte alienan a la gente por causa de la realidad a la que desenmascaran.

La realidad es dolor.

Pero nada de esto es nuevo. Le regalé por su cumpleaños a un punk que era un buen amigo, un buen chico, un viejo póster dadá. Le encantó. Pensó que era algo nuevo.

-No, señor -le dije-. Fue editado antes de la primera guerra mundial.

Se impresionó. Cogió pegamento blanco y lo pegó en el escaparate de una joyería del centro. ¡Qué brillantez! Me parte el corazón.

Así que no hay nada nuevo. Menos que nada, el dolor. Es lo más viejo de todo. Quiero decírselo: Sí, sois unos outsiders. Sí, lo que sentís es dolor. Pero no estáis solos. O no estáis solos al estar solos. Es un planeta malo y ponzoñoso. Para todos.

En el lado norte del Lago Unión, visible desde casi cualquier punto alto dentro y fuera de la ciudad, hay un lugar llamado Gas Works Park. Considerando lo visible que es desde el borde del lago, queda bastante fuera del camino. Tiene el aspecto de un residuo de la guerra: una fábrica bombardeada. Cuando la fábrica cerró hace varias décadas, nadie supo qué hacer con esa extraordinaria red de chimeneas, tubos y silos. Permanecieron oxidándose durante años. Entonces alguien tuvo la genial idea de pintarlo todo, cubrirlo de césped y decir que era un parque. Tiene buen aspecto. Parece monstruoso. Es decadencia urbana en lo mejor y lo peor. No está muy frecuentado por la noche.

Un viejo marica patético me llevó en su barco de vela. No es sólo patético; también es rico. Ha pasado toda la vida «comprando» su camino hacia la aceptación social. Pero también es un outsider. Nos conocimos en un parque en los días de mi propia infancia alienada, cuando él no era mucho más joven pero sus encías eran menos negras, y hemos pretendido que somos amigos desde entonces.

Había estado en su barco la mayor parte de la tarde y las primeras horas de la noche, hasta que el sol se puso. Entonces dije:

-No necesito volver a la ciudad. Déjame en Gas Works Park.

Me dejó. En el embarcadero de asfalto me despedí del viejo, que parecía casi heroico mientras tiraba de las drizas..., pero no lo suficiente.

El sol se había puesto. Los últimos filamentos anaranjados eran visibles más allá de la silueta de la ciudad. Los rascacielos al sur del lago brillaban como cajas llenas de estrellas.

Me di la vuelta, escalé el montículo de hierba y miré hacia la anticuada fábrica de gas. La oscuridad había vuelto invisible la pintura grisácea.

Inhalé profundamente el aire frío y limpio de la noche y me sentí lleno de fuerzas. La estructura ante mí era enorme, el esqueleto de una bestia gargantuesca. Sus tubos de hierro, las ondeantes escaleras de acero y los andamios, la variedad de escaleras, cubiertas, cadenas y tanques tenían un encanto muy estético. «Peligro. Prohibido el paso», decía una señal en una verja. Incluso en la oscuridad, la evidencia de los conquistadores de la estructura (sus graffiti) eran pálidamente visibles en la superficie de las alturas.

Oí pasos en la grava a mis espaldas y me volví, y vi a un alto punk de pelo rapado que se dirigía arrastrando los pies hacia la verja. Me saludó con la cabeza y me sonrió, y luego se apoyó en la verja, metiendo los dedos por entre los eslabones de la cadena. Creí detectar tristeza en sus ojos. Miraba hacia arriba, a una parte en concreto de la fábrica, con tanta intensidad que no pude evitar seguir su mirada. Parecía mirar a una escalerilla de acero en particular que conducía a una larga tubería.

El sonido de su profundo suspiro me hizo mirarle de nuevo. Había sacado un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos de su cazadora de cuero negro.

- ¿Quiere fumar? -ofreció, tendiéndome el paquete.

- No, gracias -contesté. La amabilidad y la gentileza, en contraste con su imagen violenta, ya no me sorprendían en estos jóvenes.

- Es todo un punto. ¿eh? -dijo. señalando con la cabeza hacia la estructura.

- Lo es -repliqué. No me apetecía conversar.

- Mi conjunto y yo solíamos venir aquí a medianoche para grabar cintas con el sonido que hacíamos al golpear algunas zonas -continuó-. ¡Jodida inspiración! Se sacaban algunos sonidos verdaderamente guais.

- ¿Estabas en un grupo punk? -pregunté con poca convicción.

- No. Un grupo industrial. Una especie de mezcla de punk y rock duro, muchos gritos y golpes a los tubos y sonidos electrónicos raros. Todo junto, y salía un ruido intenso.

-Mmm -dije yo, sin poder imaginar por qué querría nadie ponerse a golpear tubos y a gritar. Ocasionalmente, admito que puede haber una barrera entre esta generación y la mía.

-Pero nos separamos -continuó diciendo con su voz suave-. Nuestro cantante se colgó. Ahí arriba.

Se volvió para mirar una vez más aquella sección particular de la estructura. Sentí un escalofrío. Siempre me ha parecido desagradable hablar de la muerte, y esta introducción del tema era demasiado súbita.

-Lo siento -dije.

-Sí, es triste. Tenía una gran voz. Podía gritar y hacerte sentir que te morías. Luego podía cantar con tanta ternura que uno no podía aguantar las lágrimas. Pero estaba hecho un lío. Su padre siempre se emborrachaba y le pegaba, así que se echó a las calles. Se vino a vivir conmigo y con otros a un edificio abandonado. Le llamábamos Trasgo, de lo pequeño que era. Nunca comía. Sólo tomaba café y un montón de anfetaminas. Tiritaba todo el tiempo, y tenía la piel tan clara que algunos empezamos a llamarle «pálida, estremecedora juventud», cosa que no le gustaba tanto como Trasgo.

Hizo una pausa para dar una calada a su cigarrillo. La noche se había vuelto especialmente oscura. La fábrica de gas se alzaba silenciosamente ante nosotros y parecía escuchar el relato del muchacho.

-Amaba este sitio de verdad. Solía venir de noche con una llave inglesa o un martillo para investigar sonidos. Dormía mucho aquí. Traía a las chicas.

Se calló de nuevo, cariacontecido.

-Su última novia se mató con pastillas para dormir. Él la amaba como a ninguna otra. Unos pocos días más tarde lo encontraron allí arriba, colgando de esa tubería, con el cinturón enrollado alrededor del cuello.

-¿Qué edad tenía?

-Dieciséis años. -Tras una pausa, tiró el cigarrillo al suelo y se metió las manos en los bolsillos-. Bueno, empieza a hacer frío. Creo que voy a volver al Distrito en busca de un poco de anarquía y cerveza -son-rió con amabilidad. Le devolví la sonrisa-. Me alegro de haber hablado con usted.

Nos saludamos con la cabeza. Él se dio la vuelta y se hundió en la oscuridad.

Realmente empezaba a hacer frío, pero cuando me volví para mirar una vez más aquella extraña estructura, me sentí atraído por ella. Mirando con ansiedad la verja ante mí, la agarré y empecé a escalarla.

Cuando llegué a lo alto, gemí suavemente al ver lo difícil que sería pasar al otro lado. Sentí el aire frío contra mi cuello. Miré la sección de la fábrica donde el punk se había quitado la vida y pensé que veía una figura en sombras observándome. Entonces las sombras se fundieron y la imagen desapareció.

El viento jugueteaba con mi pelo. Con súbita resolución, pasé la verja y estuve a punto de caer al otro lado.

Me acerqué a una gran tubería oxidada. Tenía tal vez cuarenta pies de largo y cinco de alto. Sentí un escalofrío de excitación infantil, pues los túneles me han gustado siempre desde que era pequeño. Me acerqué a un extremo de la tubería y me asomé a ella.

Entré.

Mis pisadas resonaban extrañamente cada vez que mis botas golpeaban la superficie de metal. Los lados estaban fríos y ásperos. Cuando llegué a la mitad, me senté, apretando las rodillas contra el pecho, y me puse a escuchar los sonidos de la noche. Entonces oí un sonido metálico procedente del extremo de la tubería por donde había entrado. Miré y vi a una persona pequeña que me observaba. Desde la distancia, me pare-ció un niño. La figura tenía algo en la mano que golpeó, imperturbable, contra la tubería. Entonces mi visión pareció difuminarse. Me froté los ojos con dedos temblones. Cuando volví a mirar, no vi nada.

Permanecí sentado durante lo que me parecieron momentos interminables. Finalmente, me puse en pie, tambaleándome.

Desde arriba llegó un golpe repentino, un sonido horrible y feroz, como si un loco estuviera saltando de un sitio a otro y golpeara violenta-mente los tubos y las superficies de metal con algo grande. El sonido sacudió la tubería en la que me encontraba. Sentí las reverberaciones como un dolor latente en mi cráneo. Grité alarmado y caí de rodillas. Me cubrí los oídos con las manos llenas de sudor. El sonido continuó y continuo, hasta que estuve seguro de queme iba a volver loco.

Entonces cesó. Durante unos momentos todo lo que pude escuchar fue el eco en mis oídos. Entonces me llegó otro sonido: sollozos. Nunca había oído tanta tristeza y soledad en una voz. Me rompió el corazón. Me heló el alma. Gradualmente, se perdió en el silencio.

Estaba demasiado débil para levantarme. Cuando por fin encontré fuerzas, me arrastré débilmente hacia la salida de la tubería, hacia la oscuridad que me aguardaba.